

## La clave

Los resultados de las elecciones del domingo, con el carpetazo súbito a las mayorías absolutas en comunidades autónomas y muchos ayuntamientos, obligan a las fuerzas políticas a un ejercicio de diálogo y negociación como nunca antes se había visto en la democracia española. En las próximas semanas podremos medir hasta dónde alcanza la llamada cultura del pacto, que tan exótica resulta en nuestro tradicional sistema de partidos.

Desde los tiempos de la Segunda República, en España se asocia el pluripartidismo a la inestabilidad política. Ese fue uno de los falaces argumentos de Franco para perpetrar su golpe de Estado. En la Transición se hizo una ley electoral pa-

Pactar,  
pactar  
y pactar

JUANCHO  
Dumall  
DIRECTOR  
ADJUNTO



ra evitar la *sopa de siglas*, aunque se abrió la puerta a mecanismos injustos y poco democráticos, que castigaban a las minorías. Más recientemente, los gobiernos de coalición

de tres fuerzas, los llamados tripartitos, han alcanzado una fama nefasta, y no solo en Catalunya. Aquí, los partidos están *condenados a entenderse*; al pacto se le llama *conchabeo*, y a la cesión, bajada de pantalones.

## Corrupción y transparencia

Sin embargo, en la historia reciente de este país han sido las mayorías absolutas las que se han manifestado más perversas para el correcto funcionamiento de las instituciones. Los gobiernos de coalición hacen más complicadas las prácticas corruptas y favorecen la transparencia. A no ser, que esa coaliciones se hagan como en la Italia del pentapartito (1980-1992), con un reparto al estilo mafioso de las áreas de in-

fluencia (cada canal de la RAI, por ejemplo, era controlado por un partido distinto).

La falta de cultura del pacto es la que ha hecho imposible que en España haya una ley de educación acordada y respetada con las alternancias en el poder. También ha sido esa proverbial alergia al compromiso la que ha impedido que Catalunya tenga una ley electoral propia que conjugue la proporcionalidad de los escaños de acuerdo con la población con la representación territorial. Hoy tenemos una gran oportunidad de regenerar las instituciones y de hacer pedagogía de los beneficios del acuerdo frente a las posiciones inflexibles.

@JuanchoDumall

## La rueda

Miedo al  
no cambio

Mucha gente ha expresado estos días su miedo al cambio tras el resultado electoral. Pero en realidad lo que daba más miedo era la posibilidad de no cambiar y seguir igual. Daba pánico seguir conviviendo con una nutrida pandilla de presuntos profesionales de la política, en realidad delincuentes habituales organizados. Daba y sigue dando pavor ver cómo las desigualdades van disparándose en toda España y aumenta la angustia de la gente. Da terror ver cómo los bancos vuelven, indemnes, a sus andadas como si nada hubiesen hecho. Y, claro, la gente que es bondadosa y paciente, al final se harta, llega al límite y despierta. Ese límite extremo al que nos ha ido arrinconando el sistema. Por eso surgen los antisistema, cuando el sistema se ha vuelto *antigente*. Con toda lógica asoman nueva voces para proponer otro orden de las cosas. El no sistema no existe. Hay que reparar el que tenemos sin te-

## LOS JUEVES, ECONOMÍA

## Predicar y dar trigo

El resultado electoral recuerda a una liberalización económica a partir de un mercado más competitivo

ANTÓN  
Costas



Hay elecciones que sirven para elegir nuevos líderes y gobiernos, y otras que se utilizan para sacar a los gobernantes del poder y renovar –aunque sea parcialmente– las élites políticas dirigentes de un país. Las municipales y autonómicas que se han celebrado en España parecen haber sido tanto del primer tipo como del segundo.

Algunos partidarios y dirigentes de los partidos que han salido damnificados lamentan que el voto de muchos ciudadanos a los nuevos partidos haya estado movido más por el deseo de castigo –votar en contra de– que por un impulso positivo –votar a favor de–. A su juicio, muchos votos que han recibido los líderes de los nuevos partidos y organizaciones no serían verdaderas opciones políticas de los ciudadanos, sino votos de castigo. Aunque, como ahora diré, no es indiferente para los nuevos partidos que los votos sean de un tipo u otro, los votos de castigo no desmerecen el sentido de la democracia. Todo lo contrario.

DE HECHO, el rasgo distintivo de una verdadera democracia no es que permita a los ciudadanos elegir sus gobiernos, sino que puedan castigarlos sacándolos del poder. No hay ningún otro sistema político que lo haga. Hay muchos sistemas que dan algún margen a los ciudadanos para elegir a sus gobernantes, pero solo la democracia les

da la opción de castigarlos. Esta es su virtud esencial, su rasgo diferenciador respecto de otros sistemas políticos.

Por primera vez en las elecciones del pasado domingo los votantes españoles han pasado factura a los gobernantes. En particular, han castigado la corrupción y los resultados sociales de las políticas públicas que se han llevado a cabo durante la crisis. ¿Por qué ahora los españoles si han castigado la corrupción y las malas políticas y no lo hicieron en las anteriores elecciones municipales y autonómicas? De hecho, una de las sorpresas que los estudios académicos sobre corrupción han puesto de manifiesto es que, en el caso español, la corrupción municipal y autonómica o no recibía castigo electoral o ese castigo no era suficiente para sacar a los corruptos del poder. La respuesta al porqué ahora sí, y antes no, es porque por vez primera vez los votantes han encontrado partidos alternativos que les han permitido practicar ese voto de castigo para apartar del poder a algunos gobernantes.

Desde la perspectiva de un economista, lo que ha ocurrido en el mercado político español puede verse como lo sucedido cuando se liberalizaron los mercados de servicios como la telefonía, la televisión o la electricidad. Antes de la liberalización existía descontento con el funcionamiento de los viejos operadores, los



LEONARD BEARD

El examen para los nuevos  
partidos será más exigente que  
el de los gobernantes clásicos

*incumbentes*. Pero no se les podía castigar porque no había alternativa. Se estaba cauto. La única opción era abstenerse de consumir sus servicios. Cuando se liberalizó el mercado y surgieron nuevas empresas competidoras, los consumidores pudieron castigar a los viejos operadores eligiendo otro nuevo alternativo. Lo ocurrido el domingo se parece a una liberalización económica. Ahora, en el nuevo mercado político hay dos *incumbentes*, con una cuota de entre el 20% y el 30% cada uno, y dos *entrantes*, con una de entre 10% y 20% cada uno de ellos. Hemos pasado del duopolio a un mercado competitivo. Los votantes tienen más op-

ciones para satisfacer sus preferencias de políticas.

¿Cómo evolucionará esta nueva estructura del mercado político español? ¿Se consolidarán los nuevos entrantes o, por el contrario, los *incumbentes* recuperarán parte de la cuota que ahora han perdido por los votos de castigo?

A MI JUICIO, va a depender de dos cosas. Primero, del porcentaje que hoy representen los votos de castigo dentro del total de votos que han logrado los nuevos partidos. Por así decirlo, esos votos están en una estación de tránsito. El que esa estación acabe siendo de término va a depender del segundo factor: la calidad de la gobernabilidad que sepan ofrecer. Si es buena, lograrán fidelizar a esos votantes en tránsito; de lo contrario sufrirán pronto una sangría.

¿De qué dependerá la calidad de la gobernabilidad de los nuevos partidos? De dos cosas. Por un lado, que sepan demostrar pronto que son capaces de hacer gobiernos estables, y con personas competentes. Por otro lado, que sepan gobernar conciliando sus objetivos políticos con el interés general.

El examen al que se les va a someter va ser más exigente que el que tuvieron que hacer los gobernantes de los viejos partidos. El resultado lo sabremos en la reválida que tendrán que hacer en las elecciones generales. Como muy tarde, dentro de seis meses.

Dicho de forma coloquial: hasta ahora los nuevos líderes han estado predicando la buena nueva frente a lo existente. Ahora tendrán que dar trigo. ≡

Catedrático de Economía (UB).

La clave está en uno  
mismo, pero resulta  
harto más difícil que  
cambiar de papeleta

mor al cambio. La vida es un constante cambio, a veces a saltos imperceptibles, otras de forma contundente, pero en movimiento siempre, fluyendo como el río de la vida. Como dijo Heráclito, nunca podemos bañarnos dos veces en un río. Cuando vuelvo ya ha cambiado. Y yo también. Es impenible.

Ahora bien, también estamos escarmentados del pucherazo del cambio: el famoso cambio para que nada cambie; el *quítate tú pa ponerme yo*; el mero recambio; el Smart Change, y demás modalidades maquieladas de apoltrone con aires de renovación.

Aun así, una fuerza irremisible lo trasmuta todo sin piedad tarde o temprano. Por supuesto también existe la posibilidad de cambiar a peor. Pero aquí, ¿era posible?

Sea como fuere la clave está en uno mismo. «Todos quieren cambiar el mundo –dijo Tolstoi–, pero nadie piensa en cambiarse a sí mismo». No sería mala idea empezar por ahí, pero resulta harto más difícil que cambiar de papeleta. ≡